

*CIVIC RHETORIC AND ROMANTICISM: THE SECOND
INDEPENDENCE OF MEXICO*

SANTIAGO CARASSALE
ORCID.ORG/0000-0001-9743-5892
FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES-MÉXICO.
sandres@flacso.edu.mx

Abstract: *Romanticism has been a topic of profound disputes. It has been interpreted as a subjective-expressivist literary movement, whose contribution to literature is identified by the emphasis on stylistic dimension and its high “emotional” content, sliding into “irrational”. Seen this way, in the republic letters it is conceived from the standpoint of subjectivist aestheticized poetry. This article argues the opposite: romantic literature was in fact highly political. Mexican literary Romanticism unfurled a “transversal play” with political and historiographical discourses, which was aimed at building a historical awareness immersed in the political process of a “second independence”.*

KEYWORDS: ROMANTICISM; LITERATURE; INDEPENDENCE; HISTORICAL AWARENESS; CIVIC DISCOURSE

RECEPTION: 01/07/2016

ACEPTANCE: 20/02/2017

RETÓRICA CÍVICA Y ROMANTICISMO: LA SEGUNDA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

SANTIAGO CARASSALE

ORCID.ORG/0000-0001-9743-5892

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES-MÉXICO

sandres@flacso.edu.mx

Resumen: El Romanticismo ha generado profundas disputas. Ha sido interpretado como una corriente literaria subjetivista-expresivista, cuya contribución a las letras se identifica por el énfasis en la dimensión estilística y por su alto contenido “emocional”, haciéndolo deslizar a lo “irracional”. Así, concibe en la república de las letras el Romanticismo se concibe desde una poética subjetivista estetizada. Este artículo sostiene lo contrario: la literatura romántica tiene una alta carga política. El Romanticismo mexicano desplegó un “juego transversal” con discursos políticos e historiográficos, que estuvo orientado a la construcción de una conciencia histórica inmersa en el proceso político de una “segunda independencia”.

PALABRAS CLAVE: ROMANTICISMO; LITERATURA; INDEPENDENCIA; CONCIENCIA HISTÓRICA; DISCURSO CÍVICO.

RECEPCIÓN: 01/07/2016

ACEPTACIÓN: 20/02/2017

INTRODUCCIÓN: CRISIS Y CONCIENCIA HISTÓRICA DE LA INDEPENDENCIA

Agustín Yáñez, en su “Prólogo” de 1949 al “Volumen I” de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, destaca la importancia de los discursos patrióticos de este autor, así como sus intervenciones parlamentarias de 1861 para comprender la historia de las letras mexicanas. Yáñez afirma que estos discursos son expresión de la corriente romántica que domina en México en esta época y cuyo estilo se caracteriza por ser sentimental,¹ “inspirado”, de impronta subjetivo-expresiva. Además, este movimiento asume su aspecto político en un sujeto irracional e inorgánico, la “masa”, con la que genera una identificación de tipo “empático”:

Hasta ahora no se ha visto el interés que para la historia de nuestro romanticismo tienen aquellos discursos [...] Sí, tanto en los discursos mayores del grupo como en las breves intervenciones incidentales, por completo improvisadas, la cálida forma y el tono son los mismos; las ideas y el orden preconcebido del discurso hallan escape en el arrebato del momento y alcanzan timbre de vehemencia que la memoria es incapaz de conservar. Son discursos “inspirados”, empleando el epíteto en su plena acepción romántica. ¿Podrían de otra suerte haber conseguido suscitar los estados de conmoción nacional que produjeron? Poder de la palabra, típicamente románticos. Empatía popular lograda por ese poder, fenómeno propio del romanticismo social: con entusiasmo delirante, como embriagadas, las masas se dejan arrastrar, seducidas. (Yáñez, 2011: 30)

La caracterización de Yáñez del Romanticismo se encuentra en sintonía con la percepción dominante en ese momento acerca de dicha corriente literario-política.

Unos años antes, Arthur Lovejoy planteaba que el Romanticismo resultó de la combinación de tres principios: organicismo, voluntarismo y particularismo, los cuales constituyeron un factor central “en la producción del estado de espíritu sobre el cual las ideologías totalitarias se basaron para su atracción” (1941: 272). El Romanticismo, desde el punto de vista de Lovejoy, creó el caldo de cultivo, del cual emergió el pensamiento totalitario. Tiempo después Isaiah Berlin sostuvo con

1 Con el adjetivo sentimental Friedrich Schiller buscaba caracterizar un tipo de poesía distinta a la antigua, la clásica, la ingenua. Sobre la influencia de Schiller en la génesis del romanticismo véase Arthur O. Lovejoy, “Schiller and the Genesis of Romanticism” (1920). Hans R. Jauss desarrolla un trabajo central en torno a la génesis del romanticismo (2000) a partir de la réplica de la disputa entre antiguos y modernos en Alemania, en el cual sigue los escritos tempranos de Lovejoy.

acierto que la “importancia del romanticismo se debe a que constituye el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental” (2000: 20). Esta corriente produjo el cambio de mayor envergadura en la “conciencia de Occidente”;² cambio que Berlin sitúa en el transcurso de los siglos XIX y XX, y cuyas consecuencias se despliegan hasta la emergencia de los totalitarismos. Tanto Lovejoy como Berlin consideran que el Romanticismo fue una reacción contra el racionalismo de la Ilustración y sitúan en esta resistencia el germen del totalitarismo. Ambos autores señalan lo difícil que resulta su definición aunque no su origen, al cual ubican en Alemania a finales del siglo XVIII. En este momento y lugar, el Romanticismo se generó a partir de las expectativas y temores que produjo la Revolución francesa.

Yáñez comparte la perspectiva de Lovejoy y Berlin, la manera en que se expresa continúa esta tradición crítica del Romanticismo: primero, el énfasis en la subjetividad como núcleo de la génesis y la elaboración romántica y, segundo, en su correlato político, “la masa”. Esta crítica sigue viendo al Romanticismo desde su presente, lo vincula a fenómenos de la masa, lo popular, con los cuales la subjetividad comparte el fondo irracional, emotivo, de movimientos espasmódicos y disruptivos. De este modo, la interpretación de posguerra se trasunta en su lectura del Romanticismo mexicano, sobre el cual recae la sombra del totalitarismo, la rebelión de las masas, el irracionalismo y el populismo. La definición negativa del nacionalismo abreva de las mismas fuentes y emerge en los mismos contextos; sin embargo, esta visión no deja de ser una lectura anacrónica y sesgada del Romanticismo.

Desde una postura más positiva frente al Romanticismo, pero reconociendo también la dificultad de asirlo, Carlos Illades afirma que en el análisis del mismo se:

[...] opta por identificar temas, actitudes y tratamientos comunes presentes en la obra de un conjunto de artistas: la fascinación por la naturaleza, la valoración de la dimensión histórica, el culto a la libertad artística y política, el misticismo, la soledad del genio y la reivindicación del acto creativo, el recelo hacia la popularidad y la paradójica democratización de un arte dirigido a cualquiera que poseyera la posibilidad de comprenderlo. (2005: 13)

A su vez, Illades distingue el Romanticismo alemán del francés, el primero, “de tendencia introspectiva y mística”, mientras que “el francés agregó a las dimensiones

2 Se puede sostener, entonces, que el Romanticismo no es un periodo particular de “moda estética”, sino un acontecimiento histórico particular.

de la belleza y la verdad el objetivo de procurar el bien. [...] Esta ‘afinidad electiva’ entre romanticismo y sociedad llevó [...] a considerar el primer socialismo parte del romanticismo” (2005: 23-24). Al reconocer el vínculo del Romanticismo con el “descubrimiento del pueblo” y con la emergencia del Nacionalismo y el Socialismo, Illades desplaza la interpretación dominante. La preocupación no se dirige ya hacia la genialidad del autor o a las transformaciones del género literario, sino a su relevancia para una política democrática.

Como parte de este giro en la interpretación del Romanticismo, es pertinente replantear la idea de Yáñez sobre la centralidad de los discursos patrióticos para la génesis de la historia literaria de México. Ya sea en los ámbitos limitados de la deliberación política, así como en los abiertos de la plaza pública, ya sea en la expresión oral del discurso político, así como en la expresión escrita de la literatura, el Romanticismo, en sus sucesivas generaciones, formará la conciencia histórica, política y literaria en México. La creciente resonancia de un tipo de discurso político, aunado al discurso histórico y literario, constituyó un índice de aceleración de los tiempos y los conflictos políticos. El resultado de esta coyuntura: la Reforma y la derrota del Segundo Imperio, dará lugar a lo que Benito Juárez designará, en su entrada del 15 de julio de 1867 a la ciudad de México, como la consumación “por segunda vez de la independencia mexicana” (1969: 77-78).³ En esta “segunda independencia”,⁴ frente a un proyecto que también fue mexicano, el Romanticismo jugó un papel fundamental en la generación de una conciencia nacional y cosmopolita.

3 Edmundo O’Gorman hará de estas expresiones de Juárez el tema de su trabajo, *La supervivencia política Novo-Hispánica* (1986).

4 La idea de una consumación por segunda vez de la independencia tiene un significado profundo, “es necesario reparar en que, todo lo espurio que se quiera, el régimen monárquico adoptado por la Asamblea de Notables no puede considerarse como extranjero, pese a las apariencias, ni tampoco el gobierno imperial de Maximiliano, pese a su procedencia europea y a la de las tropas invasoras que lo impusieron. [...] Resulta necesario admitir, por lo tanto, la existencia de aquel régimen y de aquel gobierno [...] y admitir a la vez que el Segundo Imperio, concediendo su bastardía, fue un régimen mexicano [...]. [L]a segunda independencia [...] contiene una verdad iluminante: con la victoria republicana se logra, sin duda, independizar a la nación; pero —y he aquí lo notable y decisivo— independizarla del poder de un régimen mexicanos; es decir, de algo interno a su historia y por eso más decisivo y más poderoso de los que pueda ser una dominación extranjera permanente” (O’Gorman, 1986: 84-85).

EL ESPACIO DEL ROMANTICISMO MEXICANO: LETRAS Y CRISIS POLÍTICA

En el México independiente del siglo XIX emergieron una serie de centros de letras cuyo fin residió en promover la formación de una literatura nacional. Estas creaciones se enmarcaron en el contexto de las crisis políticas por las que transitó el país. La *Academia de Letrán*⁵ se fundó en el momento en que el régimen federal se vio cuestionado, dando así paso a un régimen centralista.⁶ Francisco Manuel Sánchez de Tagle, alma del “Congreso Centralista”, describió en su poema “A la luna en tiempo de discordias civiles”, los problemas del momento. Después de cantar su alabanza a la luna dirá:

Todo es calma y dulzor. ¿Y el hombre...? ¡Oh, Luna!
Huye veloz del tachonado cielo;
tu luz le es inoportuna;
y á la maldad consagra su desvelo.
[...]
En grupos parten desconfianza y celos,
y las discordias en su pos siguieran:
padres, hijos y abuelos,
romperán lazos que antes los unieran.

(1993: 135-136)

El poema transmite el sinsentido de las discordias civiles vividas desde la Independencia, perpetradas con “mano y lengua impura”, hechas en nombre de la patria y

5 Suele considerarse que hay un primer y un segundo Romanticismo mexicano: el de la *Academia de Letrán* y *El Renacimiento*; en realidad, la discontinuidad no es cuestión de “historia literaria”, sino de historia. El Segundo Imperio y la guerra contra él, cómo dirá Altamirano, interrumpieron las actividades literarias (Ruedas de la Serna, 1998: 53-72). Sobre el “segundo” romanticismo véase la obra central de Huberto Batis, *Índices de El Renacimiento* (1963).

6 En su estudio sobre las asociaciones literarias, Perales Ojeda afirma: “La fundación de la Academia de San Juan de Letrán tuvo lugar en una etapa verdaderamente tormentosa de la historia de México. Desde la consumación de la Independencia al triunfo de la república en 1867, México sufrió incontables revoluciones, dos invasiones extranjeras y numerosos e inestables gobiernos que, buscando contrarios propósitos, ocasionaron irreparables daños. Esa dualidad de intereses, surgida del deseo de conservar por una parte la tradición y por otra de acabar con ella, tuvo como lamentable resultado las luchas fratricidas que asolaron por largos años al país” (2000: 74).

en contra de la misma, Tagle contrasta así las promesas de la Independencia: “¡Qué porvenir te labran tan funesto / y tan discordes de tu bella aurora...!” Frente a este futuro, en donde no “ha de haber ya justicia so la tierra”, lo que queda es el “eterno sueño”: la muerte. Ante la discordia civil es preferible que la Luna ceda su puesto y sólo queda la muerte.

En el contexto de las discordias civiles, comienzan las tertulias literarias en el *Colegio de Letrán* en 1834 en el cuarto de José María Lacunza,⁷ las cuales recién se formalizaran en 1836 cuando se funda la *Academia de Letrán*, en plena reforma centralista. En las *Memorias* de Guillermo Prieto no se explican con precisión cómo se pasó de un círculo pequeño a uno más amplio. Una tarde de junio de 1836, afirma Prieto, de forma inesperada se selló el deseo de aumentar el número de participantes. Tampoco hay claridad de cómo sucedió la llegada de Andrés Quintana Roo a la Academia:

[...] una de las tardes, tristonas y lluviosas por cierto, llamó a la puerta de la Academia un viejecito con su barragán encamado a cuadros, con su vestido negro, nuevo y correcto, y su corbata blanca, mal anudada, y un sombrero maltratado con la falda levantada por detrás. (2009: 180)

Quintana Roo, nombrado en ese momento presidente perpetuo de la Academia, fue para los concurrentes “la visita cariñosa de la patria”. Quintana Roo conjugaba la práctica política y la publicista: había sido consejero de Morelos, polemista reconocido por Blanco White y Benjamin Constant, era un latinista conocedor de Cicerón, Virgilio y Horacio. Su participación en la lucha independentista al lado de Morelos lo hacía un testigo privilegiado:

En los labios de Quintana las narraciones de nuestra independencia eran encantadoras; desentrañaba con naturalidad suma los móviles de nuestra emancipación, señalando los

⁷ Como recuerda Guillermo Prieto, en el cuarto de José María Lacunza, situado en el Colegio de Letrán, cuarto “que propiamente podría llamarse celda”, concurrían Lacunza, su hermano Juan Nepomuceno, Manuel Tonia y Ferrer y el propio Prieto. Allí después “de leer el autor la composición pedíamos la palabra para hacer notar sus defectos, y a veces aquella era una zambra tremebunda. Por estricta mayoría se aprobaba o se corregía la composición. Tenían ostensiblemente aquellos ejercicios literarios el aspecto de un juego, pero en el fondo, y merced al saber de Lacunza, los nuestros eran verdaderos estudios dirigidos por él las más de las veces” (2009: 172-176).

talentos guiadores, las inconveniencias de opinión de los instruidos a medias, el poder mágico de los instintos sobreponiéndose a todas las teorías, el fondo de bondad, amor y redención entre patriotas de distintas posiciones, de diversos grados de instrucción y de categorías que descendían desde lo más alto de la civilización para confundirse con la barbarie en el medio del desorden. (2009: 181-182)

El paso de la narración oral a la literaria, y de ésta a la historia, posibilitó la construcción de una literatura nacional que movió a una buena parte de los círculos letrados de esta época. Un hecho que los motivó fue la falta de una literatura propia. En 1844, Guillermo Prieto dirá al respecto:

Ni por los antecedentes (coloniales), ni por las circunstancias en que México se hallaba en 1821, era época oportuna para la creación de la literatura nacional, porque la literatura de un pueblo no puede ser obra de un hombre, ni de determinado número de años, y en las sociedades modernas, que por los vehículos de la imprenta, el comercio y otros, hay reciprocidad de ideas, para que la literatura adquiriera un tipo especial, es forzoso que las producciones de los otros países se modifiquen, se aclimaten, y por una sucesión de trabajos se transformen, y conviertan en literatura característica de un pueblo. A esto coadyuva la posición política. (2014: 121)

Pocos años después, serán retomadas estas preocupaciones de Prieto en torno a la creación de la literatura nacional, como parte de esta búsqueda se fundó el *Liceo Hidalgo*; su creación se dio poco después de la guerra con Estados Unidos y la calamitosa derrota que siguió de ella.⁸ La sesión inaugural del Liceo se realizó el 15 de septiembre de 1850, como parte de la conmemoración de la Independencia promovida por José María Tornel y apoyada por el presidente de la república, José Joaquín Herrera. Entre los participantes de este círculo literario estaban además de Tornel, Francisco Granados Maldonado, Tomás de Cuellar y Francisco Zarco.

8 Al respecto dirá Alicia Perales Ojeda: “Tan pronto como pudo disfrutarse un poco de calma, después de los aciagos años de la invasión norteamericana, surgió la idea de continuar aquella labor cultural que se habían iniciado, en la primera mitad del siglo, la Academia de San Juan de Letrán y el Ateneo Mexicano. Cristalizó este propósito el 30 de julio de 1850 cuando se acordaron las bases generales del Liceo Hidalgo” (2000: 89).

Es en las actividades del Liceo Hidalgo que aparece por primera vez la relación de la literatura con la política. En el discurso de la toma de posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo, el 1º de julio de 1851, Francisco Zarco interroga si la literatura es cuestión de “lujo, entretenimiento pueril”, y si es posible decir “que el literato no es útil al Estado”. Se pregunta si aquel “¿[...] que paga un tributo a las musas, no puede jamás penetrar al santuario del foro, ni tomar parte en los consejos legislativos de las naciones?” (1994: 812)

Esta reflexión comienza a cobrar relevancia entre los círculos intelectuales mexicanos de mediados del siglo XIX. Al hacer una evaluación del estado de la literatura en México, Francisco Zarco toma como punto de partida dos valoraciones que circulaban en torno a las letras mexicanas en el momento. Por un lado estaban aquellos que afirmaban que México era incapaz de cualquier adelanto, “que cada escritor [...] es un loco, y que la colección de escritos de nuestros compatriotas es un tejido de absurdos y errores”. Por otra parte quienes “se jactan de que México tiene ya una literatura propia, rica, y enteramente original”. Si los primeros “se empeñan en desacreditar al país” y “ven con amargura su existencia política como nación soberana”, los segundos “se dejan llevar de un entusiasta arranque de patriotismo” (1994: 812-813).

Ambas posiciones plantearon problemas sobre el desarrollo de las letras, fuera porque devaluaran el trabajo de los escritores, o exaltarán con ahínco el conformismo en materia de las letras. Frente a estas posiciones encontradas, Zarco propuso un examen imparcial de este oficio en México argumentando que:

[...] la literatura no nace generalmente entre pueblos que viven esclavizados; la opresión pesa de una manera perniciosa sobre la inteligencia. El abatimiento y la abyección se sienten en el alma, se lloran en secreto, y el esclavo no tiene valor ni para prorrumpir en quejas lastimeras. (1994: 813)

El sistema de enseñanza de la colonia no había propiciado, dice Zarco, el desarrollo de las letras, ya que era: “un sistema de enseñanza imperfecto y limitado, llamados muy pocos a recibir la instrucción escasa que se daba, poco estimado el trabajo intelectual, [...] expuestos al desdén de los señores de la colonia” (1994: 813). En este contexto no podían darse poetas, filósofos ni historiadores, y, por lo tanto, sin “tradiciones y sin historia propia, no había glorias que cantar” (1994: 813). A esta precariedad educativa se sumaba el control de la Inquisición, la cual detuvo toda

tarea intelectual que fuese en ese sentido.⁹ La historia estaba condenada a ser la crónica de la conquista,¹⁰ y los audaces conquistadores figuraban como “semidioses”, mientras que los indígenas estaban “condenados al olvido, su civilización no mereció el examen de los conquistadores; y el estudio de su escritura, de sus jeroglíficos y de sus costumbres, era reputado casi como un paso dado a la idolatría” (1994: 813).

Zarco llega incluso a afirmar que la causa de la decadencia de las letras en un país reside en el régimen de gobierno, como es el caso en el despotismo derivado de la dominación española.¹¹ A partir de esta preocupación, se planteó la urgencia de desarrollar unas letras propias imprescindibles para la independencia y crear una “identidad” literaria para el país. Por otra parte, este pensador reconoció la situación especial que vivía México desde su independencia, sumergido en guerras civiles e intervenciones extranjeras. Sobre esto hablará Ignacio Manuel Altamirano, en su “Revistas Literarias en México (1821-1867)”, en el contexto de la tercera generación de letrados románticos.

La generación de la Reforma

A las dos generaciones señaladas se sumará la de Altamirano. En su prólogo a *Pasionarias* de Manuel Flores, hará un recuento de quienes compartían su interés por la política y la literatura, en el seno de un tiempo de crisis y de revolución, como dirá Ignacio

9 Ciertamente que Zarco señala notables excepciones, como Sor Juana Inés de la Cruz, la cual, si bien “encomiada en su tiempo, adolece de los defectos y del mal gusto que cuando ella escribía se notaba en todos los poetas españoles. El juego de palabras había sustituido la nobleza de ideas. Sin embargo [...] es preciso reconocer una fuerza extraordinaria en su imaginación, bastante sensibilidad, valentía en ciertas imágenes, y las dotes que entonces constituían lo que se llamaba *ingenio*” (1994: 814).

10 “Para escribir la historia con entusiasmo se necesita encontrar hechos gloriosos que registrar y sentir cierto orgullo de raza al recordar épocas memorables. Este estímulo ha faltado naturalmente a los mexicanos” (1994: 816).

11 Ciertamente que la figura y la obra de Joaquín Fernández de Lizardi constituyó para muchos románticos, como Díaz Covarrubias o Altamirano, un antecedente insoslayable de la literatura popular y nacional. Fernández de Lizardi no sólo ejerció una actividad crítica de la política del momento, sino que además escribió una novela fundamental, *El Periquillo Sarniento*, que Altamirano calificará como la primera novela latinoamericana. Sobre esto volveremos posteriormente.

Vallarta.¹² Corrían los años 1857 y 1858, tiempo en el que Altamirano estudiaba derecho en el Colegio Nacional de San Juan de Letrán. Dice así que en esos momentos:

Por más que yo fuese un escritor joven y bisoño, en aquella época y a tal punto desconocido que ni siquiera mi nombre aparecía en articulejos, había contraído relaciones nuevas en los círculos literarios o conservaba algunas antiguas de colegio con escritores ya renombrados o que se conquistaban una reputación en las lides periodísticas de actualidad.

Así, mi humilde cuarto solía transformarse, por la afluencia frecuente de estos amigos, en redacción de periódico, en club reformista o en centro literario, que se aumentaba naturalmente con la asistencia de numerosos estudiantes curiosos y partidarios ardentísimos de la revolución. (2011a: 202-203)

Entre las antiguas relaciones del colegio se encontraba Ignacio Ramírez, quien fue su maestro en el *Liceo Toluca*. A éste y a Zarco los había escuchado en las sesiones del Congreso Constituyente que darían lugar a la Constitución de 1857. Los participantes de estas sesiones literarias eran Marcos Arroniz, miembro fundador del Liceo Hidalgo, Florencio María del Castillo, quien colaboraba en el *Monitor Republicano* y escribía novelas sentimentales; José Rivera y Ríos, “el elemento de la contradicción literaria”, que se enfrentaba con Juan Mateos. Entre ambos mediaba Manuel Mateos, el cual era la “encarnación de la juventud liberal de aquella época”, yerno de Ignacio Ramírez

[...] traía siempre a mal traer al pobre Juan Díaz Covarrubias, que murmuraba con voz sentimental sus agudas respuestas ¡Cosa singular! Aquellos dos jóvenes, el grande y el hercúleo Manuel Mateos y el pequeño y pálido Juan Díaz Covarrubias, estaban siempre en discordia, y dos años después, debían de morir juntos y abrazados en el cadalso de Tacubaya. (2011a: 206)

12 En un discurso cívico del 16 de septiembre de 1855, Vallarta afirmaba que este tiempo era un momento revolucionario, que se diferenciaba de los diversos pronunciamientos que habían plagado la vida independiente del país: “El movimiento que derrocó la nefanda administración de Santa Anna, ha tomado un aspecto imponente, tiene una fisonomía grandiosa que no se parece a ninguno de nuestros pasados pronunciamientos; y esto es, porque esa revolución es hija de la crisis [...]; porque ese movimiento es propiamente revolucionario, porque está expresando las exigencias de nuestra época” (González Navarro, 2011: 129).

En enero de 1858, cuando la reacción conservadora se apoderó de la ciudad de México, se interrumpieron las reuniones del “club” para evitar a la policía, aunque se siguieron manteniendo reuniones en cuartos de la Escuela de Medicina y la Escuela de Minería. Estos eran focos de conspiración donde se “mantenía el fuego revolucionario” en los que participaban Francisco Prieto (hijo de Guillermo), Mariano Degollado (hijo de don Santos), Ignacio Arriaga (hijo de Ponciano), Juan Díaz Covarrubias y Juan Mirafuentes. Las reuniones se detuvieron debido a que los miembros fueron dispersados, algunos incluso murieron en la masacre de Tacubaya, como Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias.

Siguió un tiempo de continua confrontación política que desembocó en la guerra contra el Imperio. Sólo con el regreso de la República, Altamirano volverá a renovar su proyecto de las letras. Fue en este marco que el autor de *El Zarco* resumió el significado histórico que tuvo el tránsito de la política a las letras:

Bendito sea ese cambio, porque a causa de él, la literatura abrió paso al progreso, o más bien dicho, lo dio a luz, porque en ella venia encerrados los gérmenes de las grandes ideas, que produjeron una revolución grandiosa. La literatura había sido el propagador más ardiente de la democracia. (2011b: 30)

Altamirano retoma las preocupaciones de Prieto y de Zarco en torno a la necesidad de una literatura propia para la vida democrática. Para estos tres autores la creación de la literatura popular y nacional se desarrolló en paralelo y complementariamente a las luchas internas y las intervenciones extranjeras que pusieron en cuestión la independencia del país y de su vida democrática. La literatura popular y la histórica servirán para consolidar la identidad del pueblo (mestizo) y articularla con la historia de la joven república mexicana, a la vez que con el pasado pre-colonial y colonial.

LA RETÓRICA DE LA TEMPORALIDAD: EL PRESENTE DE LA POLÍTICA

La retórica cívica fue un género practicado desde los comienzos de la vida independiente,¹³ aunque cobró una importancia significativa cuando José María

13 Sobre el tema de la retórica cívica es necesario señalar dos trabajos fundamentales. Por una parte la obra *Del sermón al discurso cívico. México 1760-1834* (Herrejón Peredo, 2003) rastrea el fenómeno del sermón religioso en las postrimerías de la época colonial, como final se plantea el tránsito del

Lafragua,¹⁴ en 1850, decide publicar estos discursos, con el objetivo de afianzar el patriotismo y la conciencia cívica de los mexicanos ante el panorama que había dejado la derrota frente a Estados Unidos. En el contexto de esta búsqueda, Díaz Covarrubias —un amigo y contemporáneo de Altamirano— daría un discurso el 16 de septiembre de 1857, en el marco de la escritura de su novela histórica sobre la Independencia: *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico*.

Refiriéndose a los discursos cívicos de Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Quirarte señala: “Nuestros escritores continúan la labor iniciada por Juan Díaz Covarrubias, en el discurso cívico durante la celebración de Independencia en 1857. En una sociedad semianalfabeta como la de aquellos años, el discurso hacía las veces de escuela ambulante de historia patria” (2005: 21). La retórica cívica de Díaz Covarrubias hizo del relato histórico de la Independencia el preámbulo imprescindible para situarse en la coyuntura, con lo cual cargó al presente de una dimensión histórica por medio de la cual buscó interpelar a su auditorio. La actualidad de la Independencia en vías de realizarse, se articula con un nuevo sentido del espacio: el empeño por construir una América independiente. La densidad de la contemporaneidad y la urgencia por la construcción de un espacio independiente, tanto en la política como en la producción literaria, fue característico de los actores de la Reforma. Confluyeron en ella tres generaciones de intelectuales: los de la *Academia de Letrán* (Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez), los del *Liceo Hidalgo* (Francisco Zarco y Tomás de Cuellar) y de la Reforma (Díaz Covarrubias, Altamirano y Miguel Mateo), que volverán a encontrarse en el círculo *El Renacimiento*.¹⁵

discurso cívico, sólo que se queda en el umbral de la república centralista, justo cuando emerge por primera vez el Romanticismo en México; por otra, el trabajo *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso cívico conmemorativo (1825-1867)* (Plasencia de la Parra: 1991) es relevante para entender los contextos políticos inmediatos en donde se dan los diversos discursos cívicos, pero ese es su fin. Estos dos trabajos se mueven en límites que no son los de este artículo, el primero se sitúa en el umbral histórico, del cual emerge el Romanticismo, y el segundo se queda dentro del género cívico, sin estudiar sus ecos en otros tipos de discursos.

14 Ernesto de la Torre Villar (1998) hará una reedición de la compilación de Lafragua, pero ampliada con discursos de la década de 1860.

15 La *Academia de Letrán* incluyó también intelectuales que formaron parte de las filas conservadoras y que tuvieron un papel activo en el Segundo Imperio. El círculo literario del *Renacimiento* se originó como proyecto de refundación de la República de las Letras que incluyó también a estos intelectuales.

Díaz Cobarrubias manifiesta que su deseo es dar un discurso en el que transmita las esperanzas y la fe al pueblo, sin embargo, considera que en éste:

[...] aniversario glorioso, sólo podré recordar al pueblo mi hermano los pasados días de nuestras victorias; juntos levantaremos una plegaria, plegaria tierna como del alma, a la memoria de nuestros héroes, ya que juntos guardamos en el rincón más recóndito de ella las reminiscencias de días de triunfos, perdidos en la noche de los tiempos. (1959: 329)

A partir de aquí comienza la narración, la composición que conforma a este enunciado, este discurso como continuidad temporal de la historia que se abre en 1810 y que es narrada con altos tonos poéticos e inflexiones necesarias que marcan al género mismo de la retórica pública: “Era el año 1810: habían transcurrido tres siglos desde que Anáhuac, la perla más preciosa del mar de Colón, había ido adornar el florón de la corona de Castilla. Ruinas, ¡ay!, ruinas morales quedaban de la nacionalidad de los aztecas” (1959: 329).

Díaz Covarrubias describe el “estado de la Nueva España”, hace una reconstrucción de la Colonia, y afirma que ésta se funda en ruinas, las cuales perviven hasta 1810. En este momento es donde Miguel Hidalgo se “atreve”, dice Díaz Covarrubias, a proferir la palabra *libertad*. Sobre este juego entre una historia que se cierra y se abre, gira el enunciado cívico que articula el pasado que se presenta como una posibilidad de futuro. En esta “modalización” del tiempo, de futuros pasados y de presentes futuros, la retórica cívica de Díaz Covarrubias plasma un discurso singular en 1857, en el que afirma que si existiese un cielo, Hidalgo volverá a bendecir al pueblo de México.

Continúo con la historia posterior a la derrota de Hidalgo, en la cual destacan Morelos, Guerrero e Iturbide como personajes de estos acontecimientos. El orador se pregunta: ¿cuál es la necesidad de hacer esta historia?

¿Pero a qué referir la vieja historia de nuestra Independencia, que ninguno de vosotros ignora? ¿Quién de vosotros no la ha escuchado, acaso de los mismos testigos presenciales, cuando niño en un rincón del hogar, en las noches inclementes del otoño, mientras la lluvia caía gemidora afuera?, ¿quién no le conoce envuelta por el encanto de las tradiciones populares y aumentada en proporciones por el sencillo terror de las nodrizas?, ¿quién no ha jugado de niño con una de esas viejas y mohosas espadas que yacían olvidadas en un rincón del hogar y cuya vista arrancaba lágrimas de alegría y despertaba gratos recuerdos a un anciano que tal vez había combatido con ella?, ¿quién no ha llorado con el suplicio de Morelos y las crueldades de Calleja?, ¿quién, pálido

por el entusiasmo, con los ojos húmedos por la emoción, no le ha escuchado a un orador del pueblo? (1959: 334-335)

El autor encuentra respuestas a estas preguntas en la reiteración del enunciado cívico a través de la historia, y en el discurso del “orador del pueblo” como parte de esta misma historia de liberación e independencia que narra y agrega: “referiremos ligeramente los sucesos posteriores”. La historia que sigue a 1821 se confunde con las desgracias producidas por la “aristocracia”, el ejército y el clero. Prosigue con el análisis de las consecuencias sociales del caos político provocado después de la Independencia. Este caos político, a su juicio, ha impedido la generación de la ciencia, las letras, la filosofía y el evangelio político; en lugar de una nobleza de talento, ha surgido una aristocracia “inútil y ridícula”, mujeres “hermosas sin afecciones patrias” y jóvenes carentes de creencias políticas. También los artesanos, el pueblo y el indio, se han visto consumidos por el caos de la guerra civil, piensa Díaz Covarrubias.

Ante esta coyuntura, el orador se pregunta por los medios para revertir esta situación, cuáles son los instrumentos de la prosperidad y cuál es la forma de gobierno que a su juicio conviene al país. El bienestar se sustenta en la paz, el trabajo y la unión; mientras que la forma de gobierno es la República, que es “la justicia, la fraternidad, la garantía, el apostolado, los mandamientos, Dios”. El autor explica cómo es posible alcanzar la felicidad nacional y propone un “cuadro que no es la ilusión del deseo y la esperanza” (1959: 341). De forma explícita y temática su discurso desarrolla la historia de México y delinea un proyecto de futuro como un ejercicio reflexivo sobre el tiempo político. Hacia el final, Díaz Covarrubias interpela al sujeto de este discurso, haciendo un llamado a la unión, a olvidar el pasado para pensar en el futuro y afirma que si “el pasado es un abismo, el presente es una esperanza y el futuro es la felicidad”. Dicho momento, día de recuerdos, ese 16 de septiembre debía anteceder al primer día de felicidad. Termina el discurso llamando a los mexicanos al futuro: “¡Mexicanos el pasado se olvida, el presente pasa, el porvenir espera! ¡Mexicanos...! Dios ampare a la nación” (1959: 341).

El discurso cívico, la novela histórica y la historiografía

La novela moderna, según Mijail Bajtín, es un género que se sitúa en los límites, tanto de los lenguajes literarios (géneros: lírico, dramático y trágico), como de los

extra-literarios.¹⁶ La obra de Díaz Covarrubias, *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico* (2010), es un caso singular de la novela moderna. Su posición en los límites de los lenguajes le va a permitir situarse con respecto al tiempo, al ubicarse en los futuros presentes y las luchas sociales e ideológicas de la sociedad y el pueblo. Dicha novela histórica representa un caso ejemplar de esta modernidad, pues se desarrolla en septiembre de 1810. Díaz Covarrubias introdujo los cambios de su retórica cívica en esta novela histórica al mismo tiempo que en la historiografía, como veremos más adelante.

Gil Gómez... comienza su historia en la pequeña aldea de Roque, en “las inmensas llanuras que se encuentran hacia el sur del estado de Veracruz” (2010: 19), una aldea “completamente aislada de relaciones comerciales y políticas”. Este espacio carente de cualquier interés en el que no podría llevarse a cabo historia alguna, y donde el tiempo no pasa, se sitúa históricamente en el mes de septiembre de 1810. La novela articula así un cronotopo¹⁷ particular, un espacio aislado se ve penetrado

16 La novela introduce una innovación con respecto a los géneros literarios anteriores, Mijail Bajtín señala en este sentido tres puntos: “1) la tridimensionalidad estilística [mezcla los tres géneros clásicos: lírico, trágico y dramático], relacionada con la conciencia plurilingüe que se realiza en ella; 2) la transformación radical en la novela de las coordenadas temporales de la imagen literaria; 3) una nueva zona de construcción de la imagen literaria en la novela, zona de máximo contacto con el presente (contemporaneidad) imperfecto”. Estas tres características, vinculadas “orgánicamente” entre ellas, se dan en un momento particular: “el paso de las condiciones de un estado socialmente cerrado, semipatriarcal y opaco, a las nuevas condiciones de las relaciones internacionales e interlingüísticas” (1991a: 456-457). El plurilingüismo en Bajtín refiere primero al reconocimiento de diversas lenguas que están dentro y fuera de los espacios políticos, en segundo lugar la imagen literaria ya no remite a un “pasado absoluto”, sino a un presente en continuo cambio. La novela es expresión de ese presente imperfecto, en continuo cambio, la historia deja de ser ya “maestra de vida”. Este autor se encuentra así en sintonía con los románticos, para los cuales la novela es el género moderno por excelencia, ella apela a la pluralidad de las lenguas romances y es ella misma “romance”.

17 “En el cronotopo artístico literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de estos elementos constituye la característica del cronotopo artístico” (1991b: 237-238).

por el tiempo histórico y sus efectos sobre los personajes se constituye el núcleo dramático de la novela.

Una tarde de los primeros días del mes de septiembre de 1810, a la hora en que el sol comenzaba a reclinarse fatigado detrás de las lejanas montañas; cuando empezaba a reinar en el espacio esa tinta crepuscular, la luz de penumbra que resulta de la lucha entre el sol que se muere y las sombras que nacen; a la hora en que el monótono y lejano ruido de la campana de San Roque se confundía con los cantos de los labradores que volvían alegres del trabajo y el mugido de los bueyes que desuncían del arado, se unieron a los vagos pero infinitos murmullos que reinan en esa poética y sublime hora los acentos de una música lejana.

¿De dónde nacían esas armonías?

¿Quién, en el rincón de esta aldea abandonada y tranquila, así impregnaba de dulces sonos el aura soñolienta del crepúsculo? (2010: 20-21)

Si la fecha introduce un tiempo específico en este espacio aislado, un tiempo histórico fundamental que va a configurar uno de los ejes estructurantes de la novela y que le da su carácter histórico, entonces la música lejana permite tejer la narración, la novela íntima. Las respuestas a estas preguntas sobre la música vienen de la mano de un joven, inmediatamente aparece el personaje de la novela, Gil Gómez. El autor caracterizó a este personaje insertándolo en la novel tradición narrativa de México:

[...] era un joven que representaba tener de dieciocho a veinte años a lo más; pero tan alto, tan flaco, tan nervioso, que nada más propiamente personificaba que la imagen de ese personaje, que bajo el prosaico nombre de Juan Largo, nos ha descrito el pensador mexicano. (2010: 21)

La referencia a Joaquín Fernández de Lizardi, “el patriarca de la novela mexicana” —cuyas narraciones fueron populares hasta la época de Díaz Covarrubias— contribuye a perfilar al héroe de la novela. Si bien Fernández de Lizardi no estuvo “dotado de una instrucción adelantada”, como acotará Altamirano, no obstante “penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella a principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le iguallen” (2011b: 58). De este modo, el personaje cobra su identidad a partir del lugar en que está: el pueblo. El autor, por lo tanto, refiere que el héroe de la novela es alguien del pueblo.

El otro personaje que también le da título a la novela, la hija del médico, remite al género íntimo, con el cual se teje el primero, la novela histórica; protagonizada por un personaje popular (familiar), es a la vez reinscrita en un género íntimo romántico, aunque ambos géneros no terminen por mezclarse, lo cual pone en juego, de una manera particular, la relación entre autor y lector.

Los géneros familiares e íntimos tienen en común que se dirigen a su destinatario por fuera de las jerarquías y las normas sociales, generando así una sinceridad que se comparte debido a que hay una “fusión completa entre el hablante y el destinatario del discurso”, mientras que en el familiar “gracias a la abolición de las prohibiciones y convenciones discursivas se vuelve posible un enfoque especial, extraoficial y libre de la realidad” (Bajtín, 2009: 287). Los géneros y estilos familiares, según el teórico ruso, pueden jugar un papel fundamental en la destrucción de los estilos y las visiones del mundo, porque la “familiarización de los estilos abre camino hacia la literatura a los estratos de la lengua que anteriormente se encontraban bajo prohibición” (2009: 287-288). En “esta atmósfera de profunda confianza, el hablante abre sus profundidades internas” (2009: 288).

En *Gil Gómez...* el lector de la novela es el pueblo, el mismo que visualizaría Díaz Covarrubias en su discurso cívico. El propósito que subyace a la imbricación de ambos géneros reside en establecer una conexión con el pueblo. Pero Gil Gómez no es el personaje del romance; es Fernando, quien no pertenece al pueblo y es hijo de un “noble y honrado plantador de tabaco y hacendado de aquella provincia”. Aquél es el mensajero, el intermediario entre los personajes del romance, el “hermano adoptivo” de Fernando, a quien sigue como sombra. A través de Fernando se introduce el tiempo histórico en esa región del “crepúsculo soñoliento”.

La historia inicia con un encuentro fortuito: el tío de Fernando vuelve a México después de participar en la guerra contra Napoleón en la península ibérica. Al desembarcar en Veracruz junto con el nuevo virrey Venegas, Rafael, el tío, encuentra a un conocido de la familia: “el antiguo amigo Pérez”, que le indica dónde encontrar a su hermano. En un estilo clásico del Romanticismo, el tío ofrece al hermano la posibilidad de que su sobrino se convierta en un hombre de mundo, sugiriéndole que forme parte del ejército virreinal. Esta decisión introduce el drama en el romance y a su vez conducirá, tanto a Fernando como a Gil Gómez, al medio de la historia política.

Es así como Fernando es enviado al destacamento de Guanajuato bajo las órdenes de Miguel de Allende. Gil Gómez le seguirá por el camino que lo llevará a la historia de la Independencia y de Hidalgo. Se introduce el tiempo histórico como consecuencia a la búsqueda de “mundo” por parte de este noble joven. La intersección de

este espacio-tiempo no deja de significar un lamento para Fernando y el padre de Clemencia. Éste último acentuará así el conflicto entre el “mundo” y Roque: “¡Oh! [...], ¡necia humanidad, a la calma del placer le llamas ociosidad, te hastía que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre a precipitarte en el abismo! ¡Mísera humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!” (2010: 93). Pero este no es el único escenario que desarrolla el autor para articular este cronotopo artístico, propio de esta América mexicana; en un momento determinado, el autor frena la historia para introducir el discurso cívico:

Dejemos a Gil Gómez corriendo detrás de Fernando, acercándose ambos al estado de Guanajuato, y tendamos una mirada al estado de la Nueva España en la época de nuestra narración, que como el lector lo recuerda muy bien, es en los primeros días de septiembre de 1810. No podemos menos para trazar este cuadro de repetir lo que otra vez hemos dicho en una tribuna popular. (2010: 130)

Esta referencia explícita a la Nueva España no sólo imbrica un género oral con un género escrito la referencia a “lo dicho en la tribuna popular”, también otorga un sentido “nuevo” a la novela. La “lección de historia” propuesta, el discurso como parte de esa historia, y ahora la novela, son parte también de esa historia. A lo anterior le agrega un “balance” de las historias hechas en México después de la Independencia, entre las cuales alude con detenimiento la *Historia de México* de Lucas Alamán:

Nos parece que el extranjero que desde lejanas tierras, y por consiguiente ignorante de nuestro carácter y de nuestros instintos, lea la historia de nuestra revolución por Lucas Alamán, no puede menos de indignarse contra una colonia tan ingrata como México, que recibiendo, según este autor, toda clase de beneficios, de garantías, de civilización de la España, osó rebelarse contra ella. Nosotros hemos derramado lágrimas al ver tratados por él a los hombres que iniciaron nuestra independencia como vagos, ladrones, tahúres, ingratos o asesinos; mientras que se trata a los dominadores como hombres clementes, bondadosos, nobles, que pagaban con actos de generosidad los crímenes y los actos de atrocidad. (2010: 133)

Las otras referencias son *El Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* de Carlos María Bustamante, al que critica por su carácter “novelesco”,¹⁸ y el *Ensayo histórico de las revoluciones de México* de Lorenzo de Zavala que, según Díaz Covarrubias, es más ecuánime, pero no deja de estar teñido de cierta parcialidad propia del destierro. Frente a estas historias parciales, apela a la necesidad de la integridad del historiador, algo necesario para “desvanecer las malas ideas que acerca de nosotros se tienen en Europa” y para evitar desmoralizar al pueblo, “mostrándole los crímenes consiguientes a una guerra casi de castas, y no el noble principio que causó su emancipación” (2010: 134). La novela se constituye en un complemento de la historiografía, la cual se inserta en la novela, así como en el discurso cívico.

Estos discursos de Díaz Covarrubias —la oración cívica, la novela histórica y la crítica historiográfica—, delinean un programa intelectual que será realizado por sus compañeros intelectuales.

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA: RETÓRICA PARLAMENTARIA Y ORACIÓN CÍVICA

En 1861, cuando inician los discursos patrióticos señalados por Agustín Yáñez, reparamos que en el diario *L'Estaffette* se mencionó a un joven orador incorporado a la política legislativa: Ignacio Manuel Altamirano. En la nota, se describe su estilo de intervención en la vida parlamentaria:

Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. Su estilo desnudo de metáforas exóticas, tiene vivas salidas y va derecho al objeto del pensamiento, sin arrastrarse a través de periodos pastosos y de circunlocuciones convenidas. La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada sobre citas históricas oportunas y bien escogidas. El secreto de su éxito está casi entero en el movimiento rápido, algunas veces brusco, de sus razonamientos mezclados con sarcasmos o vivas emociones políticas, de interpelaciones a quemarropa, de interrogaciones triunfantes y de sombríos arranques de cólera. (1990: 150)

18 Carlos Illades afirma que la novela *Gil Gómez el insurgente* se construyó a partir de la obra de Bustamante (2005: 90); relación que no sólo es de deuda, sino también de contraste: a la historia “novelada” se le contraponen el cuadro histórico que Díaz Covarrubias delinea tanto en su discurso cívico, como en la novela.

Estas observaciones contrastan con las afirmaciones de Yáñez, las cuales subrayaban la relación que el orador tiene con su tema: actitud inspirada y expresión subjetiva “arrebatada”, cuyo receptor de dicha retórica es la masa. Esta visión del estilo reducido a una expresión sentimental e irracional simplifica el lenguaje literario romántico como mero testimonio del ánimo interior del autor, lo que convierte a la expresión política en un éxtasis público que “la memoria es incapaz de conservar” (2011: 30).

En sentido contrario, la nota establece que el estilo es parte de un discurso que está inscrito en una contraposición comunicativa con otros enunciados. *L'Estaffette* refiere esos otros enunciados: “Hemos oído muchas veces en la tribuna mexicana discursos agradables, fantasistas divertidos, conversadores fáciles, abogados eruditos, retóricos floridos, pero jamás un orador tan nervioso y arrebatador, como el señor Altamirano, que no era todavía, hace algunos días, más que un desconocido”¹⁹ (1990: 150). El estilo conciso, firme, carente de ornamentos, la argumentación clara y directa, las precisiones históricas y la pasión política distinguen a la retórica de Altamirano, misma que contrasta con un estilo florido y fantasioso, con una argumentación erudita y un modo agradable y de fácil comunicación. La transformación que toma lugar en el estilo, los temas y los géneros del discurso son indicadores de cambios políticos e históricos, y, a la vez, son factor que incide en estos cambios.²⁰ El estilo de Altamirano y de Díaz Covarrubias entronizó un tipo de discurso propiamente romántico y mexicano.

En el discurso cívico del campamento de La Sabana del 16 de septiembre de 1865, Altamirano alude una serie de discursos patrióticos realizados por los intelectuales partidarios de la Reforma, entre quienes había sido el último orador elegido:

Conciudadanos:

Frecuentemente, lo digo con cierto orgullo, y desde mi más temprana juventud, el voto popular me ha llamado a ocupar la tribuna cívica, en este gran día. Yo recuerdo que he sido hasta ahora el último orador republicano que la ciudad de México designara

19 La irrupción que produce la retórica de Altamirano es parte de las transformaciones de la experiencia, la acción y la comunicación que se aceleran con el acontecimiento de la *Reforma* en México, tal como Vallarta lo afirmó en su discurso cívico de 1855, véase nota 12.

20 Es esta paradoja la que constituye la condición propiamente moderna, lo romántico, no entendidos como épocas sino como práctica, en donde la literatura como acción y como historia adquiere preeminencia y con ella la crítica.

para ensalzar los hechos de la independencia, concluyendo conmigo en 1862 la primera serie de tribunos dignos de hablar de la libertad de la patria. (2011c: 176)

Aquellos tribunos republicanos que antecieron a Altamirano fueron Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, quienes ofrecieron discursos un año antes en la Alameda de la Ciudad de México. Altamirano traza aquí un primer cuadro de las generaciones que dieron lugar a la retórica cívica. El discurso se instala en un momento y en un lugar: el foro desde el que se habla legítimamente sobre la victoria de la Reforma de 1861. El discurso se da en el lugar donde estuvo Morelos durante su lucha por la Independencia; ya un año antes, Altamirano se encontraba allí recorriendo el camino del libertador en una suerte de “repetición histórica”.²¹ Ese tránsito de Altamirano va acompañado de una narración histórica, ya que lee el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* de Lorenzo de Zavala;²² la cual incide en el discurso patriótico que apela a la diferencia entre los surianos y los del centro de México:

[...] nosotros somos los hombres que confiamos siempre y los que creemos que la independencia se glorifica combatiendo por ella, muriendo por ella. Nosotros somos el Sur, ese pueblo que comprendió Hidalgo desde los primeros días de su heroico levantamiento, y al que con tanta razón como confianza, envió a Morelos sin armas y sin tropas, a la sazón que él mismo se dirigía a México con un ejército, como diciendo: “Al centro se necesita vencerlo; al Sur, basta iluminarlo”. (2011c: 179-180)

No sólo se vuelve la historia de la Independencia, tal como Juárez lo haría al retornar a la Ciudad de México en 1867, sino que se “repite” el conflicto entre el sur y el centro del país. El “espíritu suriano” que encarnaron Galeana, Guerrero, Bravo y Álvarez, es el espíritu del pueblo, mismo que en ese momento “está en pie y aquí el odio a los tiranos es tradicional. Las generaciones se suceden a las generaciones, pero

21 En un carnet de apuntes que comienza a escribir el 31 de junio de 1864, mientras estaba en Acapulco, Altamirano señala en el día 18, después de que los franceses hubiesen desembarcado en Acapulco: “Al paso de la Sabana, villorio con más casuchas. Otro campamento. Del Ejido a La Sabana se atraviesa una montaña y la cuesta llamada del Veladero, famosa por haber acampado allí Morelos. Hasta el 22” (2011d: 32). Un año después, Altamirano dará el discurso patriótico en el mismo lugar, en la Sabana.

22 El 27 de septiembre de 1864, Altamirano va a empezar a tomar notas del *Ensayo...* de Zavala, notas referidas a la caída de Iturbide.

el amor a la libertad se mama por los niños surianos en los pechos de las madres, se aprende por los mancebos en el ejemplo de los padres y la antigua epopeya siempre está pronta a recomenzar” (2011c: 180-181). El tránsito y el discurso de La Sabana prefiguran así la “segunda independencia” de México.

Posteriormente, Altamirano en las “Revistas Literarias de México (1821-1867)”, hizo de la novela el género central de los esfuerzos para la forja de la conciencia histórica de las sociedades modernas:

Pudiérase decirse que (la novela) es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen. La novela hoy [...] ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario [...] buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario. (2011a: 40)

Se resume así el sentido político de la novela diez años después de que Díaz Covarrubias publicase la suya. Este género cobra sentido gracias a la intersección de lo popular y lo “doctrinario” (crítico), es por esto que es el hecho literario moderno por excelencia. La novela es la expresión del acontecimiento revolucionario de la emergencia del pueblo, de la soberanía popular como fundamento de gobierno; funciona como mecanismo de reconocimiento e integración del pueblo, como instancia educativa y formativa (*bildungsroman*) que emana de una práctica política en constante transformación.

CONCLUSIONES

El tránsito entre un género discursivo y otro, se realizó con el propósito de “amplificar” la recepción de dichos discursos en ámbitos diversos. La polifonía de éstos configuró el paso de los círculos letrados de las asociaciones literarias a un ámbito más amplio de lectores por medio de las novelas, así como de la poesía. Pero también se buscó ir más allá, hacia aquel círculo al cual no se podía acceder por medio de lo escrito, sino sólo a través de la oralidad, es decir, del pueblo receptor de los discursos cívicos. Esta polifonía romántica hizo que “el pueblo” se volviera el tema de sus obras y, también,

el actor de lo narrado: la historia. Con este propósito, Díaz Covarrubias anudó el género íntimo con el género familiar en la novela histórica. A su vez, la novela histórica encuentra un eco particular en la comunicación oral del discurso cívico, tanto en Díaz Covarrubias como en Ramírez, Prieto, Altamirano y Riva Palacio.

Por último, los tránsitos entre la novela, la historia y la oración cívica dependieron de los acontecimientos políticos que demandaban un tipo de género adecuado para su recepción. El Romanticismo mexicano anudó la práctica y la experiencia política, literaria e historiográfica entre varias generaciones de intelectuales que vivieron y reflexionaron sobre la revolución de la historia. Ignacio Vallarta señaló que en 1855 se cerraba el ciclo de los pronunciamientos para dar paso a la Revolución de Ayutla y las Leyes de Reforma. Fue así que los escritores y oradores románticos dieron por primera vez fisonomía a una identidad popular y democrática, a la vez que promovieron la creación de una conciencia histórica nacional. La insistencia de festejar la Independencia y calendarizarla se acompañó de una escenificación en los espacios del pueblo, es decir, en los antiguos caminos de los libertadores. Esta repetición abrió paso a la segunda independencia: la derrota del Segundo Imperio, un acontecimiento que constituyó la apertura de un nuevo tiempo y la proyección de México, una modernidad política sostenida por el Romanticismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio Manuel (2011a), “Prólogo a *Pasionarias*, de Manuel M. Flores”, en *Obras completas*, vol. XIII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 203-220.
- Altamirano, Ignacio Manuel (2011b), “Revistas Literarias de México (1821-1867)”, en *Obras completas*, vol. XII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 29-178.
- Altamirano, Ignacio Manuel (2011c), “Conmemoración de la patria”, 16 de septiembre de 1865, en *Obras completas*, vol. I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 175-182.
- Altamirano, Ignacio Manuel (2011d), “Carnet”, en *Obras completas*, vol. XX, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 27-45.
- Bajtín, Mijail (2009), “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, pp. 248-293.
- Bajtín, Mijail (1991a), “Épica y novela”, en *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, pp. 449-485.

- Bajtín, Mijail (1991b), “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica”, en *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, pp. 237-409.
- Batis, Huberto (1963), *Índices de El Renacimiento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Berlin, Isaiah (2000), *Las raíces del Romanticismo*, Madrid, Taurus.
- Díaz Covarrubias, Juan (2010), *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Díaz Covarrubias, Juan (1959), “Discurso cívico pronunciado en la ciudad de Tlalpan la noche del 15 de septiembre de 1857”, en *Obras completas*, estudio preliminar, edición y notas de Clementina Díaz y de Ovando, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 329-341.
- Dios Peza, Juan de (1990), “Ignacio M. Altamirano”, en *Memorias, reliquias y retratos*, México, Porrúa, Sepan cuántos, 594, pp. 148-154. González Navarro, Moisés (2011), *Vallarta en la Reforma*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Herrejón Peredo, Carlos (2003), *Del sermón al discurso cívico. México 1760-1834*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán.
- Illades, Carlos (2005), *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Jauss, Hans R. (2000), “La Réplica de la ‘Querelle des Anciens et Moderns’ en Schlegel y Schiller”, en *La historia de la literatura como provocación*, Barcelona, Península, pp. 65-99.
- Juaréz, Benito (1969), “El triunfo de la República”, en Moisés Ochoa Campos, *La oratoria en México*, México, Trillas, pp. 77-78.
- Lovejoy, Arthur O. (1920), “Schiller and the Genesis of Romanticism”, *Modern Languages Notes*, vol. 35, núm. 1, pp. 1-10.
- Lovejoy, Arthur O. (1941), “The Meaning of Romanticism for the historian of ideas”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 2, núm. 3, pp. 257-278.
- Martínez, José Luis (2011), “Introducción del editor”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, vol. XII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 9-24.
- O’Gorman, Edmundo (1986), *La supervivencia política Novo-Hispánica*, México, Universidad Iberoamericana.
- Perales Ojeda, Alicia (2000), *Asociaciones literarias mexicanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Plasencia de la Parra, Enrique (1991), *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso cívico conmemorativo (1825-1867)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Prieto, Guillermo (2014), “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 113-126.
- Prieto, Guillermo (2009), *Memorias de mis tiempos*, México, Universidad Veracruzana.
- Quirarte, Vicente (2005), “Prólogo”, en *Ignacio Manuel Altamirano*, México, Cal y Arena, pp. 11-50.
- Ruedas de la Serna, Jorge (1998), “La novela corta de la Academia de Letrán”, en Celia Miranda Carabes, *La novela corta en el primer Romanticismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 53-72.
- Torre Villar, Ernesto de la (comp.) (1988), *La conciencia Nacional y su formación. Discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sánchez de Tagle, Francisco Manuel (1993), “A la luna en tiempo de discordias civiles”, en Reynaldo Sordo Cerdeño, *El Congreso en la Primera República Centralista*, México, El Colegio de México/Instituto Tecnológico Autónomo de México, pp. 135-136.
- Yáñez, Agustín (2011), “Prólogo a la edición de 1949”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, vol. I, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 29-34.
- Zarco, Francisco (1994), “Estado de la Literatura en México”, en Boris Rosen Jélomer (ed.), *Obras completas*, vol. XVII: *Literatura y variedades. Poesía. Crítica literaria*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, pp. 812-818.

Santiago Carassale: profesor de Teoría Social Contemporánea, co-coordinador del seminario de tesis en Sociología e Historia Cultural de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México. Dirige el Programa de Acción de Línea de Sociología en la Frontera, cuyo objetivo es desarrollar un espacio de intercambio y producción de saberes que buscan abrir y enriquecer los límites disciplinarios en sociología, sociología histórica e historia conceptual, sociología cultural, retórica y crítica literaria, globalidad y poscolonialidad.

D. R. © Santiago Carassale, Ciudad de México, enero-junio, 2017.